

Sobre la creación de las cosas

Ideas sobre *Nostalgia*, de Mircea Cărtărescu

Brenda Ríos

Salir de uno
La literatura no es el medio adecuado
para decir algo real sobre uno mismo
MIRCEA CĂRTĂRESCU

LAS NOVELAS Y CUENTOS QUE COMPONEN *NOSTALGIA* (Impedimenta, 2015) establecen de manera continua o hilada una reciprocidad de lo etéreo, lo barroco, lo inesperado, lo perfecto, lo poético. Poesía de alguien mayor que cuenta y es de noche y es el origen del mundo. No importa si pasó hace una semana o en el inicio de los tiempos. Ahí está la armonía del que busca, con toda su alma, expresar las dudas y los problemas que surgen por la expresión misma. La expresión es salir de uno. Intentar ofrendar esa expresión, como resultado. No es casual que la obra parezca inacabada, en borrador. La simulación de la escritura como una carta que se hace para explicar que alguien se va, por ejemplo, o que alguien hizo tal o cual cosa, la carta-relato como vestigio en el mundo. Y, desde el estreno, se reduce a dos cosas: contar historias y para qué contarlas.

Las historias, a diferencia del mito o del cuento de hadas, no se cuentan para que alguien “aprenda” y no caiga en los errores de quien cuenta, el narrador, sino para que pueda ponerse en su lugar, y de ahí, quizá, devenir otro. La literatura entonces ofrece la bizarra y grata revelación de la experiencia que no nos pertenece. Ahora, por qué es importante hacer notar este detalle trivial de lo propio y ajeno, lo que uno no vive, no siente, no piensa pero que, con ayuda del otro, podríamos sentir, pensar, experimentar. Porque aún no estamos muertos. Y vivir significa poder salir y entrar en uno mismo a fuerza de estímulos, a como dé lugar.

Un rumano, lector obseso de Borges, Cortázar y Dostoievski, entre otros, habla de asuntos de suma importancia para comprender la irrealidad de estos días que son como cualquier día de cualquier siglo pasado. Creador de una prosa poética (rosa poética), extensa como llano

sin que podamos ver un árbol en kilómetros y luego, una selva con animales aullando desaforados al mismo tiempo. Una escritura física. Si nos acercamos a la página podemos tocar el rostro, las comisuras de la boca, el caracol de la oreja, los globos de los ojos, la prominente nariz de quien escribe. No hace falta ver en la solapa o buscar en internet fotografías del hombre que nos habla. Sabemos cómo es, reconocemos su olor, la habitación donde está, la vista que tiene desde la única ventana de esa habitación.

En un momento dado, en la lectura, reconocemos la causa del desasosiego, la molestia y la desazón que llevó al escritor a contactarnos (toda escritura es contacto). Su cuerpo, pegado al nuestro, se convulsiona, y luego descansa, se relaja al fin, dormido por pastillas poderosas.

El libro se convierte en algunos pasajes en muestra de algo que vive. Los animales salen del museo, como en *Jumanji* pero no sabemos si es lo que pasa con los personajes, el amor que les nace por primera vez, o es un llamado del autor para decirnos que el mundo es algo más que lo visible. No es la fantasía la que toma el control, o que el mundo lógico pierda. Es la posibilidad de que lo que no conocemos coexista con los espacios, los sonidos, los olores que son familiares.

Hombre/mujer/monstruos

Algo que se repite como un motivo musical es el tema de la infancia y la diferencia de género. El amor es una imposibilidad, parece decir con ese tono que sugiere pero que a la vez dicta, porque hombres y mujeres, niños y niñas, no están hechos del mismo modo. Los valores, la crianza, el cuerpo, la mentalidad y el lenguaje se absorben de modos disímiles. Cada persona es una alegoría de lo que pudiera ser si acaso tuviera el valor, si saliera de sí misma, si la piel fuera caparazón, si hablara. Sobre todo, esto último, si hablara. Qué podría decir que logre cambiar las cosas, la situación que lo rodea, que logre ser mirado de otra forma. Qué palabras existen para ser otros para los que acompañan. La vida es un camino breve, y espinoso. No hay surrealismo en los relatos, hay otra realidad, una realidad sin magia y sí una donde la ciencia hace posible fenómenos curiosos. No hay horror, ni belleza absolutas. Es tan poco el tiempo que uno ocupa en la tierra que además de ser breve se pierde en pensar su brevedad.

“La mujer como entidad me parecía un monstruo. Veía en ella, de hecho, a un hombre modificado, lisiado. Los pechos, la grasa depositada en otras partes del cuerpo, las caderas anchas, el cabello diferente al de los hombres me parecían signos de una enfermedad vergonzante”. Más adelante, en otro relato, afirmará que los hombres son tontos y la mujer

es la muestra de la evolución. La contradicción no es hermosa, es otra cosa: nada es cierto y las cosas no muestran sólo un lado. La naturaleza de las cosas es ambigua, oscura, se revela en los sueños e indica el porvenir. A medio camino entre lo esotérico y lo científico, los múltiples narradores nos hacen ver que hay alguien detrás de la madeja que es el libro, el autor, el cosmos, el mundo de los sueños, la noche, la mujer, el hombre y todo aquello que presente vida, brillo, lenguaje.

Creación del mundo, animales, cosas, personas, ranas

*El resto es literatura,
una colección de trucos mejor o peor dominados*
MIRCEA CĂRTĂRESCU

Nostalgia está formada por tres relatos y dos novelas cortas. O por cinco cuentos, o por una novela en fracciones. “El ruletista”, “El mendébil”, “Los gemelos”, “REM” y “El arquitecto”. Hay una posible hipótesis sobre la estructura: son capas de pintura que, al llegar a la base, descubrimos que es el inicio de otra capa de pintura. No es que sean matrioskas, hermoso lugar de lo común, porque las madres que albergan en su vientre otras madres llevan el destino físico del límite y se terminan. Cada capa de pintura escarba con nitidez y coraje el modo de encontrar en el lector su animal, u objeto o color o tono musical que trae dentro. Es su mayor ambición. El poder de una narrativa así, la de Cărtărescu, es que se toma una libertad poco común: cambia de segunda a primera persona, cambia de tiempo narrativo, cambia de narrador sin aviso alguno, cambia de espacio, cambia de tono. El resultado es que un lector común tome el texto y regrese, dé vuelta, relea, se pierda, vuelva de nuevo, imagine si leyó bien e intente otra vez. Un autor que, en tiempos de lecturas simples sabe qué hacer y dónde está el inicio de la madeja. Por si fuera poco, de vez en vez, avisa al lector que lo que está leyendo es literatura, es decir, no existe, está fuera de lo que uno puede cambiar.

Entonces, si la literatura es el estado de lo inmóvil, de la imaginación, de los cuentos, de los mitos y de la realidad inalterable para qué recordar al lector que su participación es inútil. ¿No es acaso una burla tremenda a su pérdida de tiempo? El autor, dice, puede pasar una vida entera dejando esa vida entera en un manuscrito. El lector, en cambio, pasará un rato agradable, quizá pensará en lo que este autor lo ha influido o lo ha hecho pensar y saldrá a la calle a ver gente, y leerá otros libros y se habrá olvidado del autor (por otro


lado, ya muerto u olvidado). La literatura no puede esperar agradecidos. Volvamos a la idea del juego.

Los niños juegan a contarse historias. Los niños juegan a espantarse. Los niños juegan a no pensar el futuro. Cuando los niños crecen el mundo del miedo y de los cuentos ha sido superado. El adulto en su lugar vive y respira por inercia. La transformación de él en otra cosa ya no es posible. Una vez convertido en adulto saldrá del encanto infantil de creer en cosas que vuelan o permanecen. La transformación debe darse antes, de ser posible. Ser transformado en el animal que habita dentro de cada uno y es irrepetible. Ser transformado en aquello que da miedo, como pasar de ser hombre a ser mujer. O ser un arquitecto que transforma su auto para hacer música y un fenómeno de masas y, al final, hacer él un universo con un poder tal que de él dependa el mundo entero. Un hombre-animal-mundo-universo-galaxia. Su respiración es otra. Su constitución otra.

Pero, si algo sucede y el chico/a crece y se vuelve adulto sin haber sido planta, animal, objeto, mesa, está perdidos.

El mundo adulto es el mundo racional y lógico. Por eso la literatura deja de causar efecto. Cualquier efecto. Él, el autor, lo sabe.

En “El Mendébil” dice: “Las mujeres nunca se unen a los hombres. Ellas portan una célula en el vientre. Cuando alcanzan la edad adecuada, nace en ellas un deseo de dar a luz. Entonces ponen en marcha las fases del nacimiento. Son las siguientes: de la célula nace una pulga. De la pulga, una cucaracha. De la cucaracha una ranita. [...] Ellas podrían alumbrar a seres más perfectos que un niño, porque las etapas del crecimiento no se acaban con el hombre”.

Cărtărescu no es un autor, no es un hombre, no es europeo ni rumano. Es una estación de la naturaleza, un lugar donde estar y poder sentir. Un templo budista, una iglesia si fuéramos creyentes. A falta de Dios, palabras. Palabras que anuncian esa voluntad de El ruletista por vivir. Hay que perderle amor a la vida para aprender a amarla, enseña. Sólo así los fantasmas, la virtud, el caparazón de los sueños puede seguir existiendo. 

Nostalgia
Mircea Cărtărescu
Tradición de Marian Ochoa de Eribe
Madrid, Impedimenta, 2015
384 pp.

